

destructoras, como la del monocultivo regional (plátano, café, henequén, azúcar, etc.), y la de la extracción petrolífera, a expensas de la agricultura de autoabastecimiento.

En su configuración sociocultural, pese a la extremada fragmentación política, los aspectos comunes a toda la zona maya predominan, hoy todavía, sobre los aspectos divergentes. Entre todos los aspectos comunes, el de mayor relevancia, para nuestro propósito, es la importancia demográfica, cultural y sociopolítica que conserva la población indígena en esta zona. El sector indígena de la población, que pertenece en su casi totalidad a alguna de las veinte o más colectividades de habla mayanese, se estima, según estadísticas más bien reticentes, a más del 50 por 100 de la población global (años cincuenta); en grandes áreas de la zona maya sigue conservando, en realidad, un predominio casi absoluto: tal es el caso del interior de Yucatán, de los Altos de Chiapas y Guatemala <sup>5</sup>.

Si agregamos a todas estas consideraciones histórico-demográficas el fenómeno de la supervivencia de elementos indígenas en las culturas populares mestizas, *ladinas*, sobre todo en el campo y las aglomeraciones pequeñas <sup>6</sup>, resulta evidente que un narrador culto de esta zona, a menos de carecer totalmente de sensibilidad popular o, más escuetamente, de vínculos con el campo, la provincia o los estratos inferiores de la ciudad, no puede cerrar los ojos ante la abrumadora presencia indígena; dicho de otro modo, no puede no documentarla de alguna manera en sus escritos.

## II. La segunda vida del «Popol Vuh»

Antes de entrar de lleno en nuestra problemática, nos parece útil señalar algunas particularidades del pasado literario de la zona maya. De todos los pueblos de la

---

la «guerra de las castas», que duró aproximadamente de 1850 a 1910 y que originó la división político-administrativa de la península de Yucatán; su eco resuena en *Canek*, de Abreu Gómez. En Chiapas, la sublevación mesiánica de los chamulas-tozotziles, 1868-1870 (V. VICENTE PINEDA: *Historia de las sublevaciones indígenas habidas en el estado de Chiapas. Gramática de la lengua tzel-tal*, Chiapas, Imp. del Gobierno, 1888), novelada por R. Castellanos en *Oficio de tinieblas*. En Guatemala, insurrecciones de San Juan Ixcoy (1898), Totonicapan (1905), Patzicía (1944), v. JEAN-LOUP HERBERT et al.: *Indianité et lutte de classes*, París, Union générale d'éditions, 1972, coll. 10/18.

<sup>5</sup> Para dar una idea por lo menos aproximativa de la magnitud relativa y absoluta de la población indígena en la zona maya, ofreceremos a continuación algunas cifras demográficas indicativas, provenientes de varios censos y estimaciones bastante recientes. Para imaginarse la situación de los años cuarenta y cincuenta, se puede partir de la observación de que la población indígena, en cifras absolutas, sigue creciendo ligeramente, pero que su porcentaje de la población global tiende a disminuir. Las cifras en sí dependen, por una parte, de la definición de lo que es un «indio», y por otra, de la sinceridad de las respuestas.

Guatemala (censo de 1964): 4.287.700 habitantes, de los cuales 1.904.000 indios; según la Enciclopedia Británica, 15. edición (1975) habría unos 920.000 quichés-cakchiqueles-tzutujiles, 350.000 mames, 300.000 kekchis, 20.000 ixiles, etcétera. Península de Yucatán (censo de 1970): 1.138.061 habitantes, de los cuales 443.050 indios, en su mayoría mayas yucatecos. En Tabasco (E. B., 1975), habría 30.000 choles (incluidos algunos que viven en Chiapas), 20.000 chontales, etcétera. Chiapas (censo de 1970): 95.783 tzotziles, 99.412 tzeltales y (estim. E. B. 1975) 12.000 tojolábales, etcétera. En Honduras, según un censo de 1961, hay un 20 por 100 de indios: los chortíes, entre Honduras y Guatemala, son (estim. E. B. 1975) 33.000. Belize, ex-Honduras británico (censo de 1970): 10 por 100 de indios, en general yucatecos.

<sup>6</sup> V. R. N. ADAMS: *Encuesta sobre la cultura de los ladinos en Guatemala*, Guatemala, Minist. Educación Pública, 1956.

América prehispánica, los de habla mayense fueron los que trabajaron con mayor ahínco en el perfeccionamiento de la escritura glífica, los que atribuyeron la mayor importancia a la escritura para la conservación y la transmisión del discurso «literario» (religioso, mítico, histórico). Es plausible que sea por la misma razón que algunos pueblos mayas, al revelárseles la ventaja del alfabeto para la transcripción fonética de los textos, lo adoptaron con mucho entusiasmo. Al contrario de los quechuas y de los aztecas, que lo usaban casi exclusivamente para pedir cuentas a la administración española y negociar con ella, los mayas lo dedicaron a sus propios fines historiográficos, mitográficos, y otros. Esta diferente actitud frente a las potencialidades del alfabeto repercutió naturalmente en las prácticas literarias de las zonas respectivas. En México y el Perú, el uso de la escritura alfabética por parte de ciertas personalidades indígenas o mestizas permitió la producción, dentro del circuito colonial, de una literatura escrita híbrida o «mestiza», que coexistía con la literatura indígena propiamente dicha, de tradición oral y de práctica colectiva<sup>7</sup>. En la zona maya, en cambio, el alfabeto favoreció el surgimiento de una literatura clandestina, escrita —mediante el alfabeto— por indígenas y destinada a los mismos indígenas. El primer texto que se podría calificar, en la zona guatemalteco-chiapameca<sup>8</sup>, de mestizo, porque ostenta el impacto del discurso indígena en la escritura española, fue el que reunió las *Historias del origen de los indios de esta provincia de Guatemala*, redactado al comienzo del siglo XVIII por el padre Francisco Ximénez<sup>9</sup>. El manuscrito ofrece la primera traducción al español del *Popol Vuh*, o «Libro (del) común», texto sagrado de los quichés, que ellos mismos habían adaptado al alfabeto en el siglo XVI, sin darlo a conocer a ninguna autoridad española.

Ahora bien, precisamente el *Popol Vuh* y otros textos mayas antiguos, traducidos al español en fechas más recientes, se convertirán en uno de los puntos de partida decisivos para los proyectos novelescos de Asturias, R. Castellanos, o Abreu Gómez; al modo de una reserva de discurso indígena, estas narraciones alimentarán uno de los ejes de significación de los relatos modernos<sup>10</sup>. El otro estímulo decisivo, que cristalizará también en eje significativo, es, sin lugar a dudas, la preocupación «indigenista» de los autores, su afán de contribuir a solucionar el problema político más explosivo de Guatemala, del oriente de Chiapas, de la península de Yucatán: la situación sociocultural y política sin salida a que están sometidos los indios. Dicho de otro modo, si la realidad social, tal como la viven y sufren los indios, abastece a estos

---

<sup>7</sup> Cf. M. LIENHARD: «La crónica mestiza en México y el Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico-literario», *Revista de crítica literaria latinoamericana*, núm. 17, págs. 105-115. Lima, 1983.

<sup>8</sup> La crónica de FRAY DIEGO DE LANDA: *Relación de las cosas de Yucatán* (hacia 1560), México, Porrúa, 1978, 11. edición, si bien ofrece una invalorable información acerca de los mayas, no muestra la huella del discurso indígena en su escritura.

<sup>9</sup> Publicado por C. SCHERZER, Viena, Gerold, 1857.

<sup>10</sup> Se trata, sobre todo, del *Popol Vuh* maya-quiché (trad. A. Recinos, México, F. C. E., 4.ª edición, 6.ª reimpresión, 1970), del *Libro de los libros de Chilam Balam* yucateco (trad. A. Barrera Vásquez y S. Rendón, México, F. C. E., 1969, 4.ª edición), de los *Anales de los cakchiqueles* (trad. A. Recinos en M. DE LA GARZA: *Literatura maya*, op. cit.). E. Abreu Gómez «se encomienda» a varios textos yucatecos menos conocidos. Asturias extrae materiales de la información azteca de Sahagún (cf. *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición y traducciones de A. M. GARIBAY, México, Porrúa, 1979, 4.ª ed.).

escritores con abundantes materiales testimoniales, los relatos antiguos les proponen una serie de formas y de motivos literarios de apariencia indígena. Dentro de este modo de producción literaria, los grupos indígenas actuales, en tanto que portadores de contenidos y formas culturales y artísticas, no juegan sino un papel marginal. Este límite, la escasa permeabilidad de los textos narrativos con respecto a las culturas indígenas vivas, es un rasgo constitutivo de la literatura *ladina* en la zona maya: a la imposible inmersión en el mundo indígena, ella sustituye la sugestión de su presencia.

### III. «Balún Canán»: testimonio y autocrítica

¿Cómo llega a concretarse tal proyecto literario «ladino» en la realidad textual de las dos novelas? El comienzo de la obra de R. Castellanos —título, epígrafe, diálogo inaugural— resulta una puesta en escena muy gráfica de la solución que se dará ahí a los problemas narrativos planteados:

#### BALUN CANAN

*Musitaremos el origen. Musitaremos  
solamente la historia, el relato.  
Nosotros no hacemos más que regresar;  
hemos cumplido nuestra tarea; nuestros  
días están acabados. Pensad en nosotros,  
no nos borréis de vuestra memoria, no  
nos olvidéis.*

El libro del consejo

#### I

...Y entonces, coléricos, nos desposeyeron, nos arrebataron lo que habíamos atesorado: la palabra, que es el arca de la memoria. Desde aquellos días arden y se consumen con el leño en la hoguera. Sube el humo en el viento y se deshace. Queda la ceniza sin rostro. Para que puedas venir tú y el que es menor que tú y les baste un soplo, solamente un soplo...

—No me cuentes ese cuento, nana.

—¿Acaso hablaba contigo? ¿Acaso se habla con los granos de anís?

—No soy un grano de anís. Soy una niña, y tengo siete años.

Detrás del breve enunciado en lengua *tzeltal*, *Balún Canán* («los nueve guardianes», nombre antiguo de la ciudad de Comitán), se oculta una novela escrita en *español*; la palabra indígena debe sugerir al lector su inmersión en el universo desconocido de los indios tzeltales del oriente de Chiapas. El epígrafe —dos citas del *Popol Vuh* maya-quiché, en español— desemboca sin transición, desbordando los límites consuetudinarios de un epígrafe, en un discurso directo pronunciado por una voz indígena, que abre el relato. Esta voz, como se descubre luego, pertenece a la nana (niñera) de la narradora, supuestamente una niña de siete años. A nuestros ojos aparece así una articulación precisa —aunque ficticia— entre el discurso indígena antiguo, el discurso